

VALORES Y CREATIVIDAD EN LA ETAPA PRE-ESCOLAR

(Un enfoque cultural para la calidad humana de la educación)

(Apuntes para una reflexión)

En primer lugar, quiero agradecer esta invitación de la Ilustre Municipalidad de Salamanca, que me permite compartir con ustedes algunas notas acerca de un tema extraordinariamente importante para la educación formal, sobre todo en nuestro país, empeñado actualmente en una de las reformas educativas más profundas de toda su historia. De todas las reformas que constantemente se suceden en cualquier sociedad, aquellas que actúan sobre el sistema educativo tienen una gravitación muy poderosa ya que afectan un ámbito especialmente sensible y trascendental para el desarrollo cultural y la calidad de vida de todos aquellos que la componen.

Si bien el tema específico que se me propuso se refiere específicamente al ámbito pre-escolar, considero imprescindible situarlo en el contexto del sistema educativo en general para no convertirlo en una especie de isla abstracta, ajena a los valores y a los modos de vida que ese mismo sistema sustenta e impulsa.

Atendiendo a eso, en la primera parte de mi exposición, trataré de clarificar algunos conceptos que, tal vez gastados por el uso y el abuso al que están sometidos a diario, han perdido gran parte de su fuerza motivadora para la acción educativa. Intentaré rescatar, sobre todo, a aquellos que, muchas veces, no alcanzan a estar presentes en nuestro trabajo cotidiano, porque están literalmente sepultados bajo avalanchas de formularios, instructivos, oficios y papeles de toda índole.

Esos mismos papeles, tan molestos que, sin embargo, y no me cabe la menor duda acerca de ello, pretenden, desgraciadamente sin mucho éxito, facilitar la práctica pedagógica de tantas y tantos que tratan generosamente de responder a la maravillosa vocación de transmitir a las nuevas generaciones los valores y los conocimientos humanos que están en la base de todo proceso de desarrollo personal y social,

A lo largo de esta presentación, ustedes se encontrarán con algunos de esos conceptos, como: sueños, asombro, creatividad, participación, identidad, respeto, dignidad y muchos más, en un relato que tendrá algo de rito de sanación, de reconstrucción de vínculos afectivos con el significado más íntimo de aquellos ideales que, en algún momento han logrado darle sentido a nuestras vidas y nos han devuelto la fe y la fuerza necesaria para seguir viviendo...

Comenzaré entonces con un par de preguntas que necesitan respuestas urgentes y que es bueno formularnos sobre todo en algunos momentos de reflexión como este, en los que tenemos la posibilidad de revisar nuestra labor educativa y entender mejor qué valor tiene para la sociedad toda,. La primera apuntará al sentido más profundo y humano de la educación formal y la segunda se referirá al campo específico de la etapa pre-escolar.

Creo que hoy más que nunca es posible y necesario ligar los dos temas, habida cuenta del enorme impulso que en el último tiempo ha dado la actual Presidenta a la creación e implementación de nuevas salas cunas y jardines infantiles. Esta iniciativa, en efecto, no solo viene a paliar de manera sustantiva los problemas de las madres trabajadoras y el déficit endémico de espacios físicos en nuestra estructura educativa, sino que, y sobre todo, nos proporciona el mejor escenario para poder revisar con honestidad y sin miedos el estado actual de nuestra educación parvularia, tanto en lo referido a la formación de los nuevos cuadros profesionales, como a la misma práctica pedagógica.

Lo pre-escolar se ha ido configurando paulatinamente como la primera etapa de la educación formal, a tal punto que, de una manera que considero muy peligrosa, (y aquí sí que expreso un juicio de valor muy personal) hasta se la considera una plataforma inmejorable para iniciar el “temprano disciplinamiento” del aprendizaje de materias como el inglés o la matemática.

Es a propósito del “disciplinamiento” de los aprendizajes “, que consideré idóneo y útil partir con una primera pregunta

PRIMERA PREGUNTA:

¿Qué valores propone nuestro sistema educativo a la sociedad del siglo XXI?

Por mucho que los medios de comunicación dejen en un segundo plano esta pregunta frente a los problemas de la gestión y de los débiles resultados en pruebas como el SIMCE o la PSU, es indudable que se refiere a un asunto de vital importancia para el desarrollo de cualquier sistema educativo.

De hecho el sistema educativo, en cualquier parte del mundo, está indisolublemente unido al **proyecto de país** que la sociedad respectiva ha sabido levantar a través de la participación ciudadana y que trata de realizar como objetivo fundamental.

Cuando hablo de “**proyecto de país**”, quiero referirme especialmente a ese que acoge y es capaz de expresar en su formulación los sueños colectivos de la comunidad social que lo compone y que aspiran al pleno desarrollo de las facultades creativas de todos los ciudadanos, para proponer y aportar al proceso de construcción de un mejor entorno social, centrado en el reconocimiento y el respeto a los derechos inalienables de las personas. Esos mismos sueños son el motor y la esencia misma de cualquier acción educativa que pretende alcanzar y transmitir hacia el futuro, un nivel de calidad de vida esencialmente “humana”

Esta primera aseveración, tiene como sentido primordial, el de provocar el retorno a un diálogo absolutamente necesario y urgente, que logre reponer en primer plano al **maestro como ser humano** que hoy, desgraciadamente se ha transformado en el chivo expiatorio de muchos de los debates acerca de la educación.

Es que, por lo menos en el Chile de hoy, frente a la otra y más visible urgencia de solucionar los problemas de gestión que nos plantea la implementación de la nueva reforma educacional, solemos postergar una mirada más global, un punto de vista crítico

respecto al sentido que tiene nuestra educación, y la educación en general, frente a la envergadura del cambio que se está produciendo en nuestra civilización, en el comienzo de este nuevo milenio.

. Cualquier otro problema que afecta al sistema educativo formal me parece secundario, si lo comparamos a los desafíos que, en todos sus niveles, nos plantea el proceso acelerado de **mutación cultural** que está produciendo el fenómeno de la globalización en todos los ámbitos de nuestra vida personal y social.

Por eso, es bueno volver a plantearnos con honestidad y decisión cuales son los sentidos culturales básicos que deberían estar presentes en la planificación y construcción de cualquier sistema educativo para poder hablar con propiedad de una **calidad humana de la educación**.

EDUCAR Y ENSEÑAR

Desde el momento en que el ser humano se constituyó en comunidades, la necesidad de la transmisión organizada del conocimiento se hizo presente de inmediato como un eje de acción que está íntimamente ligado con la permanencia en el tiempo de cualquier tipo de sociedad.

El dominio sobre el fuego, la iniciación de los niños y adolescentes en la caza y en la pesca, en el conocimiento de la flora y de la fauna, el desarrollo de las habilidades manuales para construir cobijos, son hitos fundamentales del ascenso de la raza humana.

En todos ellos emerge, de una manera muy potente y emblemática, la figura del “dador o transmisor de conocimientos”. De aquel individuo que siente el llamado de entregar a los otros el bagaje de sus propios hallazgos, adquiridos a través de múltiples experiencias de vida. Que, además, es reconocido por la comunidad como capaz de transmitirlos..

Capacidad de transmitir conocimientos y su legitimación por parte de la sociedad, son las dos cualidades esenciales para que el “maestro” pueda ejercer su autoridad frente a sus discípulos. La relación que se establece en este proceso de interacción entre los individuos de una sociedad es la que teje las necesarias rutas por las cuales transcurre su propio desarrollo cultural.

Es por ello, que podemos aseverar que hoy es unánimemente aceptado el concepto de que, para cualquier sociedad, su sistema educativo es parte esencial del **proceso** de construcción de su propia cultura.

En la actualidad, a través de consecutivas etapas del **aprendizaje organizado**, los sistemas sociales actuales, cualquiera que sea su proyecto histórico y su realidad política y económica, pretenden convertir a los individuos que los integran en **sujetos** sociales y culturales capaces de hacer su propio aporte para la construcción constante del tejido de las relaciones entre los seres humanos y de estos con la naturaleza.

En todo individuo, este aprendizaje se transforma siempre en un **proceso de descubrimiento** y **acumulación de experiencias**, y se personaliza al pasar por su

propia percepción del mundo y de su relación con él. Ese proceso suele ser motivado e impulsado por **maestros** o profesores, sujetos capaces de **educar** (del latín **ex-ducere**), es decir, guiar, conducir, **sacando de un lugar para pasar a otro**.

Pero, la tarea del **educador** es también la de **enseñar**, es decir mostrar, reconocer y elaborar signos y señales que, al ser interrelacionadas, puedan servir de guía para **construir imaginarios y puntos de vista personales acerca del mundo**. Es a través de esta cadena de causa y efecto que se han estructurado, a lo largo del tiempo, todas las “culturas” de aquellos pueblos que nos precedieron desde la épocas más remotas.

Pero, demasiadas veces, la educación, en su formulación y en su práctica, agota su sentido en el concepto primario y restringido de entregar información.

Los conocimientos que el maestro posee, los ha obtenido durante su propia experiencia de vida y por eso mismo están teñidos por una dosis muy grande de subjetividad que es imposible ignorar y menos eliminar a la hora de traspasarlos al discípulo.

Al mismo tiempo, el sistema educativo elabora programas de enseñanza que se estructuran partiendo de una “**objetividad**” que, en el mejor de los casos, es **la máxima posible** y que son funcionales a ciertos valores ya instalados en la sociedad y que se consideran como esenciales para promover y “garantizar” la armónica relación de todos sus miembros.

Esta situación acarrea un constante conflicto entre las subjetividades involucradas en el proceso educativo y la aparente objetividad de los sistemas de enseñanza.

El asumir creativamente ese conflicto no sólo será útil para la necesaria armonía social, sino que podremos convertirlo en el motor capaz de construir nuevas y más eficaces formas de transmisión del conocimiento. La específica estructura temporal de esas nuevas maneras de enseñanza constituye un problema adicional de no muy fácil solución, ya que las tecnologías de última generación hacen posible una particular “anarquía” muy personalizada.

Los conocimientos están cada vez más al alcance de los niños y de los más jóvenes **fuera de las aulas**, en los software especializados, en Internet, frente a la dócil pantalla de un computador que se adecua al ritmo y al particular interés del usuario en un diálogo individual, sin la interferencia ni imposiciones de horarios y/o de temas de reflexión por parte de terceras personas. Existen, en los programas de computación, innumerables “menús”, ofrecidos a la curiosidad de los interesados, con el agregado de imágenes en movimiento y de sonido, sin la tiranía de materias y de horarios impuestos “desde arriba”.

Es indispensable adecuarnos positivamente a esta verdadera avalancha de “**conocimientos envasados**” y asumir la responsabilidad de usarlos de manera idónea y sobre todo ética. No cabe la menor duda de que no podemos hacernos los desentendidos frente a un desafío de estas proporciones y que, por el contrario, debemos **hacer acopio de toda nuestra creatividad** para encontrar nuevos caminos en las metodologías de la educación.

La pregunta **¿para qué enseñar?** aparece aquí como fundamental:

De todas las respuestas posibles una es la que más surge de manera espontánea. Enseñamos **para transmitir nuestra memoria y construir la memoria común.**

Además de conocimientos específicos, el verdadero maestro entrega experiencias e **“historias”** que están alimentadas por la sabiduría del pasado y, al mismo tiempo, cargadas de **dudas y preguntas** acerca de los misterios que siguen rodeándonos y que no pueden ser desentrañados simplemente en un ejercicio racional.

El verdadero pedagogo muestra, a lo más, opciones alternativas, instando al discípulo a buscar cuales son sus propias preguntas, a encontrar sus propias respuestas y, al mismo tiempo, a saber sobrellevar sus propias dudas y a trabajar con ellas. Al iniciar ese camino, el discípulo comenzará a construir su historia y su memoria que, a su tiempo, se unirán a las de otros en un todo indisoluble.

Este conjunto de historias y memorias individuales y colectivas, con su bagaje de acciones interrelacionadas e interdependientes, es lo que la mayoría de las veces definimos como cultura.

Pero, ¿qué sucede con los conocimientos adquiridos durante el aprendizaje? ¿Cómo los empleamos en nuestras acciones diarias para darles significación y eficacia? ¿Son suficientes y sobre todo idóneos para satisfacer las cambiantes y cada vez más específicas demandas del ámbito del trabajo humano?

Está de sobra demostrado el hecho de que la rapidez del proceso de cambio cultural no encuentra su correlato en la adecuación de la pedagogía para enfrentarlo con éxito. Ella se ha transformado de **propositiva** en **reactiva** y da la impresión de que estamos persiguiendo afanosamente un imposible, quedando cada vez más lejos del objetivo que nos proponemos: **el de lograr el armónico y correcto uso ético de los conocimientos para acceder a la sabiduría.**

Frente a esta situación **debemos recurrir a la creatividad** como fuente de posibles soluciones. Creatividad, entendida como la capacidad de inventar y construir caminos desde lo que quiero y lo que queremos.

Sin embargo, hoy, la posibilidad de enseñar a aprender desde una visión cultural creativa se enfrenta con muchos obstáculos. Como ejemplo, podría anotar aquí muy brevemente, un par de ellos que, en el sistema educativo, dificultan la promoción y la expansión de la creatividad. El más difícil de superar es, sin dudas, la instalación generalizada de **tempranos disciplinamientos** como esenciales para una correcta e idónea metodología educativa.

Como ejemplo, les pido que me sigan en esta muy primaria reflexión:

Ya al salir del pre- escolar para entrar al jardín infantil, el niño sufre un primer choque en lo afectivo: al enfrentarse a una realidad muy distinta a la que se había acostumbrado y acomodado fuera de su hogar y en la que había encontrado una adaptación a la comunidad de intereses, una suerte de amparo afectivo que le

comenzaba a activar una manera de conocer el mundo. Peor le sucede al entrar a la enseñanza básica, ya que aterriza de bruces en el disciplinamiento de la abstracción, de la eficacia y de la competitividad, que prácticamente ya no lo dejará hasta el término de su educación formal, y que lo acompañará para bien o para mal, durante el resto de su vida.

Un segundo obstáculo que impide un cambio sustantivo del ejercicio de la docencia, es **la rutina como déficit imaginativo:**

Se trata de la rutina de la repetición al infinito, de las mismas acciones, de los mismos estímulos, de las mismas maneras de enseñar, sólo por el hecho de que han dado buenos resultados en el pasado.... Esa repetición automatiza la acción a tal punto que adormece la conciencia de estarla ejecutando y termina por matar la percepción de los estímulos exteriores que tienden a enriquecerla con nuevos y constantes desafíos. Insistir en la bondad de algunos instrumentos, alegando exclusivamente su ya probada eficacia, resulta a toda luz demasiado fácil, aburrido y hasta peligroso.

Incentivar la creatividad en los niños, desde la más temprana edad, significa ciertamente fomentar su capacidad de asombro, motivarlos a la curiosidad y a la imaginación, en definitiva, a explorar, para comprender, experimentar y descubrir y co-construir el mundo que nos rodea.

Creo que es urgente una profunda acción renovadora de la pedagogía, que parta del presupuesto de que **el futuro no solamente está próximo, sino que ya convive con nosotros**, con todas sus exigencias y retos. La sociedad tal cual la conocemos ya está sufriendo cambios radicales, y la mutación de los valores instalados en ella se hace evidente en el transcurso de nuestra cotidianeidad.

Asumiendo una aseveración de Loris Malaguzzi, repetiré que:

“Es necesario derribar el muro de la vieja costumbre, de la rutina, del así llamado “finito”... Más allá hay siempre otro más allá; se trata solamente de incluir en un proyecto pedagógico, este arte de la conquista de lo posible...” porque **“La pedagogía es movimiento, es movimiento continuo... No creo que la pedagogía sepa todos los días para adonde va, ni adonde puede ir; es una ruta que hay que descubrir mientras se viaja.... Si el barco se rompe durante el viaje, lo arreglas mientras viajas...”**

Pero, a este punto, resulta indispensable que me refiera a lo concreto de nuestro entorno inmediato y a los protagonistas más influyentes y decisivos en sus cambios en el corto plazo. Se trata del papel protagónico de los jóvenes estudiantes secundarios en los acontecimientos más importantes de los últimos tiempos y que han logrado atraer la atención de la sociedad chilena en su conjunto, para tratar de entender cual es mecanismo que ha puesto en movimiento esta inédita manifestación de descontento generacional.

En pocas palabras, trataré de dar mi visión en este asunto y de identificar ese mecanismo del que hacía mención y que me atrevo a identificar como:

EL DESENCANTO DE LOS MÁS JÓVENES.

En primer lugar, postulo que la actual insatisfacción juvenil no es el simple reflejo de una forma de enfrentamiento generacional de carácter psico-social común a otras épocas, sino que está cargada de un sentimiento de desencanto absolutamente inédito en las luchas generacionales de antaño.

La veo más bien ligada al tan publicitado “derrumbe de las ideologías”, a la ausencia de utopías movilizadoras y a la poca presencia de líderes carismáticos que sinteticen en sus propuestas y en sus acciones los deseos y los sueños de los más jóvenes.

Es por eso que cualquier iniciativa de modernización del sistema educativo tiene que tomar en cuenta ese desencanto y acoger las demandas que con tanta claridad han expresado durante el último movimiento estudiantil y que siguen manifestando aún hoy frente a los proyectos de ley actualmente en el Parlamento y que consideran insuficientes cuando no definitivamente contrarios a sus aspiraciones, como el que reforma la Loce.

Considero como un desafío ineludible para las políticas educativas y la implementación de la Reforma la necesidad de corregir la situación de desamparo en la cual se encuentran gran cantidad de jóvenes de nuestro país.

Está en juego la posibilidad de convocar a los jóvenes a **sumarse a la constante aventura de pensar y soñar el país** según un proyecto más acorde a las expectativas, explícitas o no, de la gran mayoría de los chilenos. Sobre todo, se trata de crear las condiciones sociales y políticas para que ellos puedan intervenir directamente en su construcción.

Pero, **integrar**, no es un proceso unilateral. No se puede ni siquiera iniciar, sin la voluntad explícita de las partes en juego.

Los jóvenes suelen expresar su disconformidad respecto a los valores que les ofrece la sociedad actual, con la consabida expresión “No estoy ni ahí”. De tanto oírla también los mayores nos hemos convencido de tal forma de su veracidad que estamos dispuestos a estigmatizarlos con su propia definición, para echarles en cara su desinterés y aparente abulia.

Pero, ¿Sabemos a ciencia cierta, lo que estos jóvenes piden o exigen a la sociedad toda? ¿Lo saben acaso ellos mismos? Por otro lado, ¿Es exigible por parte de la sociedad una clarificación mayor de sus objetivos y propuestas, para poder acoger ese malestar que se hace evidente en sus demandas y acciones?

Y, si no están ni ahí, ¿No será acaso que “están en otra” posición, más cercana a sus intereses y más favorable a la creación de otros valores con los cuales puedan de verdad identificarse?

Debemos detectar con urgencia qué es lo que hace falta en las políticas de las diferentes instancias de poder, para restituir a la gran mayoría de nuestra juventud el deseo y la capacidad de soñar y de comprometerse por un proyecto de sociedad

diferente, que emane de ellos mismos.

Entre los jóvenes, las fuerzas del actual escenario político han perdido credibilidad por su propia manera de actuar, plagada de rencillas internas y por la ausencia de propuestas más decididas y claras.

Pero, al mirarnos en nuestra cotidianeidad, pareciera que hemos llegado a un estado en que todo da lo mismo y en el cual las convicciones decididas se consideran peligrosas para la aparente tranquilidad social y política. Es precisamente ese contexto el que provoca la indiferencia hacia la participación de aquellos que, históricamente, han sido los constructores de nuevas formas de las estructuras de poder.

Es necesario despertar en los más jóvenes la necesidad de **aportar su visión y acción personal a la “construcción” de nuevos acontecimientos que modifiquen la realidad** que, en un determinado momento, llegan a considerar como ajena, cuando no hostil y antagónica, a sus ideales de vida. En el fondo, **motivarlos a que se apropien de la realidad que lo rodea, para luego transformarla con su creatividad e imaginación.**

BUSCANDO NUEVAS PISTAS

La educación formal es, sin duda, el instrumento que ha permitido el proceso de socialización de innumerables generaciones de individuos, desde su aparición en las estructuras de los más variados sistemas de organización social.

Sin embargo, en el mismo proceso de enseñar, los maestros perciben cada vez con mayor claridad que su andamiaje exterior no tiene ya relación con lo que sucede cotidianamente en su interior. Los conocimientos transmitidos son cada vez menos útiles en el contexto de la vida cotidiana, a no ser aquellos de carácter técnico que, para ser aplicados, no requieren de mayores aptitudes de análisis y reflexión, sino que de una fácil adaptación a la rutina.

Esto se debe, en la práctica, al hecho de que la mayoría de esos conocimientos se refieren al **cómo** lograr un determinado resultado en forma cada vez más rápida y eficaz, desplazando el conocimiento más profundo acerca del mecanismo propio del **saber**.

Vale la pena detenernos un momento en el concepto del **saber**, tal como lo entiendo en esta reflexión.

Desde las primeras sociedades en las que se organizó la raza humana, siempre se ha considerado que el **acceso a la sabiduría se logra a través de un largo proceso** que parte del conocimiento empírico de la realidad. Este se adentra, en su transcurso, en la indagación del **sentido del ser humano**, en cuanto **ente** que está en relación constante y simultánea tanto con la realidad en la que se halla inmerso, como con su propia trascendencia.

Es por eso que el concepto de **saber** que empleo aquí, se refiere más al **ser** del hombre que al simple **hacer** en el proceso de transformación constante de su entorno. Lo que distingue al ser humano de las otras especies, es su capacidad de procesar los datos recogidos en el camino del conocimiento, de unirlos **en una síntesis coherente**

que se convierta en el impulso, no sólo de su acción transformadora, sino que también de su propio crecimiento espiritual.

Sin embargo, todo lo anterior no es una tarea individual. El proceso descrito necesita la acción mancomunada de múltiples sujetos quienes deben poner en relación sus **diferencias** para lograr componer un único camino común.

Aclaremos el punto.

La creación de cualquier cultura es un proceso colectivo.

El perfeccionamiento individual se convierte en elemento potenciador, en la medida en que se contrasta con diferentes visiones de mundo y se esfuerza por encontrar con ellas una relación armónica, que logre un resultado que siempre es mucho más que la simple suma de esas diferencias.

El mismo proceso es capaz de transformar la “materia” en juego en otra que, si bien contiene en lo esencial todas las particularidades de sus heterogéneos componentes, se **transmuta**, al igual que en la alquimia, en otra de un valor inmensamente mayor. Ese nuevo estado corresponde a un nivel más elevado en el cual se accede a una mayor calidad de conocimiento, que a su vez posibilita una comprensión más sustantiva de los mecanismos que mueven el proceso cultural.

Todo lo expresado hasta ahora, pretende solamente llamar la atención hacia algunos de los problemas que se enfrentan, al momento de iniciar una reflexión un poco más exhaustiva acerca de los diferentes métodos que usamos en la educación formal para conseguir el armónico proceso de socialización de los miembros más jóvenes de nuestras sociedades.

En esos métodos, la **libertad de expresión y el respeto a las inevitables diferencias** no pueden ni deben estar ausentes. No se trata aquí solamente de respetar en forma pasiva derechos inalienables de cada ser humano, sino que de construir un sólido edificio sobre realidades multifacéticas y cambiantes que, a través del tiempo, van consolidando expresiones culturales definidas y particulares de las cuales, querámoslo o no, somos herederos.

Es bueno recordar que todos nosotros somos a la vez sujetos culturales y objetos de las presiones que nos llegan de los valores ya instalados en la sociedad. Somos, al mismo tiempo, emisores y receptores de corrientes de pensamiento que conforman un todo indisoluble y que influyen decididamente en los objetivos y en los resultados de nuestras acciones concretas.

La interdependencia de todos estos elementos es la que debería ser presentada a los educandos como un misterio a desentrañar, como un desafío a la razón y a la emoción, como un mundo a descubrir para hacerlo cada vez más coherente, más armónico y más habitable.

La Reforma habla de “Educar para la Vida y durante toda la Vida”

Significa que la Educación Formal, tal como hoy está estructurada, es apenas una posibilidad de acompañarnos en un pequeño trayecto de nuestro caminar.

Significa que no debemos erigirla como el pilar de todos los conocimientos y de todo el saber. Está en nosotros no transformarla en **antagonista de la experiencia directa de vida**. Sé por una larga y golpeada experiencia personal, que este camino no es fácil, pero no debemos ceder frente al temor. Debemos confiar en la capacidad de los niños y de los más jóvenes para enfrentar los desafíos, en su infinita sed de saber y de sentir y **hacer nuestro su irrenunciable derecho a soñar**.

Es el momento de convertirnos en cómplices de una aventura común en la que todos, niños y niñas, jóvenes y no tanto, iniciemos **la invención y la construcción de nuevos caminos** que nos lleven a una mayor comprensión del existir y del ser. No se trata de un ideal romántico fuera del aquí y el ahora, sino que de encontrar en nosotros mismos, en nuestra inevitable capacidad y necesidad de unión, el impulso para dar el salto cualitativo que nos ponga en el umbral de un nuevo mundo más humano para todos.

Inventar nuevos caminos significa comprometerse con su construcción; partir de la base de que ellos aún no existen, del hecho cierto de que no se trata de remozar, o parchar, o limpiar. Significa abrirlos en medio de un espacio diferente, que no se deja conquistar fácilmente, que incluso, la mayoría de las veces, se opone a la acción transformadora. Por ello es que se necesita decisión y constancia, valor y compromiso con una vocación que nos llama a todos y que exige claras respuestas a lo largo de nuestra existencia.

De nuevo, Malaguzzi nos repite:

“... Nosotros tenemos la obligación de pensar el futuro, precisamente por el trabajo que desarrollamos. Los actos que no cumplimos, son los actos que no cumplimos para los niños que crecerán... Atreverse con el futuro, no es un riesgo, es una necesidad de la dignidad humana...”

Al terminar, me gustaría dejarlos con una muy breve anécdota de mi vida. Creo que viene al caso y que nos puede ayudar a renovar nuestra confianza y, sobre todo, nuestra esperanza.

“...Corría el año 1941, estábamos en plena guerra..... Fue un 31 de octubre, el día de mi cumpleaños número 12.

En aquel tiempo, en mi familia existía un pequeño ritual, que consistía en que el cumpleaños se hacía el dormido, hasta que el resto de la familia se acercara sigilosamente a su cama para despertarlo con el canto de “cumpleaños feliz” y entregarle los regalos.

En esa ocasión, por mucho que esperara, no hubo cantos, solo una leve sacudida en mi hombro que me hizo abrir los ojos...

Vi frente a mí a mi padre, a mi madre y a mis dos hermanos... Mi padre se me acerca y me muestra sus manos vacías.

“No hay plata para comprarte nada y la comida es la misma de la ración de todos los días. Pero, en estos casos, por lo menos se acostumbra entregar un deseo y aquí va, en nombre de todos nosotros...”

Me tomó de los hombros y, mirándome fijo, me dijo: **“Te deseo que, cuando te toque irte de este mundo, lo dejes un poco mejor de cómo lo encontraste...”**

Han pasado más de sesenta y cinco años desde ese día, pero el deseo de mi padre me sigue acompañando. Ese Claudio de doce años, de entonces, veía como un hermoso y casi irrealizable sueño la posibilidad de cambiar el mundo.... El Claudio de 79 años, de hoy, por el contrario, está seguro de que se puede lograr y que depende de cada uno de nosotros “dejar el mundo un poco mejor de cómo lo encontramos”

Claudio di Girolamo

Salamanca, 29 de mayo de 2008